

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIV
A TURQUÍA Y EL LÍBANO
CON UNA PEREGRINACIÓN A IZNIK (TURQUÍA)
CON MOTIVO DEL 1700 ^{ANIVERSARIO} DEL PRIMER CONCILIO ECUMÉNICO DE
NICEA
(27 de noviembre - 2 de diciembre de 2025)

ENCUENTRO DE ORACIÓN
CON OBISPOS, SACERDOTES, DIÁCONOS, PERSONAS CONSAGRADAS Y
AGENTES PASTORALES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral del Espíritu Santo (Estambul)

Viernes 28 de noviembre de 2025

*Excelencias,
queridos hermanos sacerdotes,
queridos religiosos y religiosas, agentes pastorales
y todos mis hermanos y hermanas,*

Es una gran alegría para mí estar con ustedes. Agradezco al Señor que, en mi primer viaje apostólico, me haya concedido la gracia de visitar esta «tierra santa» que es Turquía, un lugar donde la historia del pueblo de Israel se encuentra con el nacimiento del cristianismo, donde se unen el Antiguo y el Nuevo Testamento y donde se escribieron las páginas de numerosos Concilios.

La fe que nos une tiene raíces profundas. Obediente a la llamada de Dios, nuestro padre Abraham partió de Ur de los Caldeos y luego, desde la región de Harán, al sur de la actual Turquía, partió hacia la Tierra Prometida (cf. *Gn* 12,1). En la plenitud de los tiempos, tras la muerte y resurrección de Jesús, sus discípulos también llegaron a Anatolia. En Antioquía, donde san Ignacio sería posteriormente obispo, fueron llamados «cristianos» por primera vez (cf. *Hch* 11,26). Desde esa ciudad, san Pablo inició algunos de sus viajes apostólicos que llevaron a la fundación de numerosas comunidades. Fue también en Éfeso, a orillas de la península de Anatolia, donde, según algunas fuentes antiguas, vivió y murió Juan, el discípulo amado y evangelista (cf. San Ireneo, *Adversus Haereses* , III, 3, 4; Eusebio de Cesarea, *Hist. Eccl.*, V, 24, 3).

Además, recordamos con admiración la gran historia bizantina, el impulso misionero de la Iglesia de Constantinopla y la expansión del cristianismo por el Levante. Incluso hoy en día, en Turquía existen numerosas comunidades de cristianos de rito oriental —armenios, sirios y caldeos—, así como de rito latino. El Patriarcado Ecuménico sigue siendo un referente tanto para sus fieles griegos como para los de otras Iglesias ortodoxas.

Queridos amigos, sus comunidades surgieron de la riqueza de esta larga historia, y son ustedes quienes están llamados hoy a cultivar la semilla de la fe que nos legaron Abraham, los Apóstoles y los Padres. La historia que los precede no es algo que simplemente deba ser recordado y luego venerado como un pasado glorioso mientras observamos con resignación cuán pequeña se ha vuelto numéricamente la Iglesia Católica. Al contrario, estamos invitados a adoptar una visión evangélica, iluminados por el Espíritu Santo.

Cuando miramos con los ojos de Dios, descubrimos que él ha elegido el camino de la pequeñez, descendiendo entre nosotros. Este es el camino del Señor, del que todos estamos llamados a dar testimonio. Los profetas anuncian la promesa de Dios hablando de un pequeño retoño que brotará (cf. *Is* 11,1). Jesús alaba a los pequeños que confían en él (cf. *Mc* 10,13-16). Enseña que el reino de Dios no se impone con ostentación de poder (cf. *Lc* 17,20-21), sino que crece como la más pequeña de todas las semillas sembradas en la tierra (cf. *Mc* 4,31).

Esta lógica de la pequeñez es la verdadera fuerza de la Iglesia. No reside en sus recursos ni en sus estructuras, ni los frutos de su misión dependen de la cantidad, el poder económico ni la influencia social. La Iglesia, en cambio, vive a la luz del Cordero; reunida en torno a él, es enviada al mundo por el poder del Espíritu Santo. En esta misión, está constantemente llamada a confiar en la promesa del Señor: «No temen, pequeño rebaño, porque a su Padre le ha placido darles el reino» (*Lc* 12,32). Recordemos también las palabras del [Papa Francisco](#), quien dijo: «Una comunidad cristiana en la que los fieles, sacerdotes y obispos no siguen el camino de la pequeñez no tiene futuro... El reino de Dios brota en las cosas pequeñas, siempre en lo pequeño» (*Homilía en Santa Marta*, 3 de diciembre de 2019).

La Iglesia en Turquía es una comunidad pequeña, pero fecunda como semilla y fermento del reino. Por eso, los animo a cultivar una actitud espiritual de esperanza confiada, arraigada en la fe y en la unión con Dios. Es necesario dar testimonio del Evangelio con alegría y mirar al futuro con esperanza. Ya se perciben claramente algunas señales esperanzadoras. Pidamos al Señor, por tanto, la gracia de reconocerlas y cultivarlas. Quizás haya otras señales que debamos expresar creativamente mediante la perseverancia en la fe y el testimonio.

Entre las señales más hermosas y prometedoras, pienso en los numerosos jóvenes que llaman a las puertas de la Iglesia Católica con sus preguntas e inquietudes. En este sentido, los insto a continuar la excelente labor pastoral que realizan. También los animo a escuchar, a acompañar a los jóvenes y a prestar especial atención a aquellos ámbitos en los que la Iglesia en Turquía está llamada a servir: el diálogo ecuménico e interreligioso, la transmisión de la fe a la población local y el servicio pastoral a los refugiados y migrantes.

Este último aspecto merece una reflexión especial. La importante presencia de migrantes y refugiados en este país plantea a la Iglesia el reto de acoger y servir a algunos de los más vulnerables. Al mismo tiempo, esta misma Iglesia está compuesta mayoritariamente por extranjeros, y muchos de ustedes —sacerdotes, religiosas y agentes pastorales— provienen de otras tierras. Esto exige un compromiso especial con la inculturación para que la lengua, las costumbres y la cultura de Turquía se apropien cada vez más de ustedes. Además, la comunicación del Evangelio siempre pasa por dicha inculturación.

Quisiera recordar también que fue en esta tierra suya donde se celebraron los primeros ocho Concilios Ecuménicos. Este año se conmemora el 1700 ^{aniversario} del Primer Concilio de Nicea, un hito en la historia de la Iglesia, pero también de la humanidad entera (Francisco, [Discurso a la Comisión](#)

Teológica Internacional , 28 de noviembre de 2024). Este acontecimiento, de gran actualidad, nos plantea varios desafíos que quisiera mencionar.

El primero es la importancia de *captar la esencia de la fe y de ser cristiano* . Alrededor del Credo, la Iglesia en Nicea redescubrió su unidad (cf. Bula *Spes Non Confundit* , 17). El Credo no es simplemente una fórmula doctrinal; es una invitación a buscar, entre diferentes sensibilidades, espiritualidades y culturas, la unidad y el núcleo esencial de la fe cristiana centrada en Cristo y en la Tradición de la Iglesia. Nicea todavía nos pregunta: ¿Quién es Jesús para nosotros? ¿Qué significa esencialmente ser cristiano? El Credo, profesado unánimemente, se convierte en un criterio de discernimiento, una brújula, el centro alrededor del cual deben girar nuestras creencias y acciones. Al hablar de la conexión entre la fe y las obras, me gustaría agradecer a las organizaciones internacionales por su apoyo a las actividades caritativas de la Iglesia, especialmente por la ayuda ofrecida a las víctimas tras el terremoto de 2023. Aquí destacaría *a Caritas Internationalis y Kirche in Not* .

The second challenge is the urgency of *rediscovering in Christ the face of God the Father*. Nicaea affirms the divinity of Jesus and his equality with the Father. In Jesus, we find the true face of God and his definitive word about humanity and history. This truth constantly challenges our own ideas of God whenever they do not correspond to what Jesus has revealed. It invites us to ongoing discernment regarding our forms of faith, prayer, pastoral life and spirituality. But there is also another challenge, which we might call a “new Arianism,” present in today’s culture and sometimes even among believers. This occurs when Jesus is admired on a merely human level, perhaps even with religious respect, yet not truly regarded as the living and true God among us. His divinity, his lordship over history, is overshadowed, and he is reduced to a great historical figure, a wise teacher, or a prophet who fought for justice — but nothing more. Nicaea reminds us that Jesus Christ is not a figure of the past; he is the Son of God present among us, guiding history toward the future promised by God.

Finally, the third challenge is *the mediation of faith and the development of doctrine*. In a complex cultural context, the Nicene Creed expressed the essence of the faith through the philosophical and cultural categories of its time. Yet only a few decades later, at the First Council of Constantinople, we see that it was further deepened and expanded. Thanks to this doctrinal development, there emerged a new formulation, the Nicene-Constantinopolitan Creed that we profess together in our Sunday liturgies. Here too we learn an important lesson: the Christian faith must always be expressed in the languages and categories of the culture in which we live, just as the Fathers did at Nicaea and in the other Councils. At the same time, we must distinguish the essence of the faith from the historical formulas that express it — formulas that are always partial and provisional and can change as doctrine is more deeply understood. Let us recall that the Church’s newest Doctor, Saint John Henry Newman, insisted on the development of Christian doctrine, because doctrine is not an abstract, static idea, but reflects the very mystery of Christ. Therefore, its development is organic, akin to that of a living reality, gradually bringing to light and expressing more fully the essential heart of the faith.

Queridos amigos, antes de concluir, quisiera recordar a alguien muy querido para ustedes, *San Juan XXIII* , quien amó y sirvió a la gente de esta tierra. Escribió: «Me gusta repetir lo que siento en mi corazón: amo a este país y a sus habitantes». Mientras miraba desde la ventana de la casa jesuita a los pescadores ocupados con sus barcas y redes en el Bósforo, continuó: «La vista me conmueve. La otra noche, alrededor de la una de la madrugada, llovía a cántaros, pero los pescadores estaban allí, impávidos en su arduo trabajo... Imitar a los pescadores del Bósforo, trabajando día y noche con sus antorchas encendidas, cada uno en su pequeña barca, siguiendo la dirección de sus guías espirituales, este es nuestro serio y sagrado deber».

Espero que esta misma pasión los conmueva para mantener viva la alegría de la fe y seguir trabajando como valientes pescadores en la barca del Señor. Que María Santísima, la *Theotokos*, interceda por ustedes y los proteja. Gracias.

Catedral del Espíritu Santo, Estambul, Turquía. Viernes 28 de noviembre de 2025.

LEÓN PP. XIV

Enlace directo: (<https://www.vatican.va/content/leo-xiv/en/speeches/2025/november/documents/20251128-turchia-clero.html/>)

Acompaña la difusión de este mensaje:

Oficina de Comunicación y Prensa
Conferencia Episcopal Argentina